

Elegías y poemas de Mariano Melgar

Elegía I

¿Por qué a verte volví, Silvia querida?
¡Ay Triste! ¿Para qué? ¡Para trocarse
Mi dolor en más triste despedida!

Quiere en mi mal mi suerte deleitarse;
Me presenta más dulce el bien que pierdo:
¡Ay! ¡Bien que va tan pronto a disiparse!

¡Oh, memoria infeliz! ¡Triste recuerdo!
Te vi... ¡Que gloria! Pero, ¡dura pena!
Ya sufro el daño de que no hice acuerdo.

 Mi amor ansioso, mi fatal cadena,
 A ti me trajo con influjo fuerte.
Dije: "Ya soy feliz, mi dicha es plena".

Pero, ¡ay! de ti me arranca cruda suerte;
Este mi gran dolor, este es mi duelo;
En verte busqué vida y hallo muerte.

 Mejor hubiera sido que este cielo
 No volviera a mirar y sólo el llanto
Fuese en mi ausencia todo mi consuelo.

Cerca del ancho mar, ya mi quebranto
En lágrimas deshizo el triste pecho;
Ya pené, ya gemí, ya lloré tanto...

¿Para qué, pues, por verme satisfecho
Vine a hacer más agudos mis dolores
Y a herir de nuevo el corazón deshecho?

 De mi ciego deseo los ardores
 Volcánicos crecieron, de manera
 Que víctima soy ya de sus furores.

¡Encumbradas montañas! ¿Quién me diera
La dicha de que al lado de mi dueño,
Cual vosotras inmóvil, subsistiera?

¡Triste de mí! Torrentes, con mal ceño
Romped todos los pasos de la tierra,
¡Piadosas acabad mi ansioso empeño!

Acaba, bravo mar, tu fuerte guerra;
Isla sin puerto vuelve las ciudades;

Y en una sola a mí con Silvia encierra.

¡Favor tinieblas, vientos, tempestades!
Pero vil globo, profanado suelo,
¿Es imposible que de mí te apiades?

¡Silvia! Silvia, tú, dime ¿a quién apelo?
No puede ser cruel quien todo cría:
Pongamos nuestras quejas en el cielo.

El sólo queda en tan horrible día.
Único asilo nuestro en tal tormento.
El sólo nos miró sin tiranía.

Si es necesario que fatal momento
Llegue... ¡Piadoso Cielo! en mi partida
Benigno mitiga mi sentimiento.

Lloro... No puedo más... Silvia querida,
Déjame que en torrentes de amargura
Saque del pecho mío el alma herida.

El negro luto de la noche oscura
Sea en mi llanto en solo compañero,
Ya que no resta más a mi ternura.

Tú, Cielo Santo, que mi amor sincero
Miras y mi dolor, dame esperanza
De que veré otra vez el bien que quiero.

En sola tu piedad tiene confianza
Mi perseguido amor... Silvia amorosa,
El Cielo nuestras dichas afianza.

Lloro, sí, pero mi alma así llorosa,
Unida a ti con plácida cadena,
En la dulce esperanza se reposa,
Y ya presiente el fin de nuestra pena.

Elegía II

¡Oh dolor! ¿Cómo, cómo tan distante
De mi querida Silvia aquí me veo?
¿Cómo he perdido todo en un instante?

Perdí en Silvia mi dicha y mi recreo;
Consentí en ello ¡ciego desvarío...!
Consentí contra todo mi deseo.

Y ved, aquí conozco el yerro mío,
Ya cuando repararlo no es posible,
Y es fuerza sufra mi dolor impío.

Así el nuevo piloto al mar terrible
Se arroja sin saber lo que le espera,
Y ármase luego la tormenta horrible.

Es negra noche envuelta ya la esfera,
Pierde el valor, el rumbo y el acierto;
Y a todos lados ve la parca fiera.

Pero al fin él verá su ansiado puerto,
O acabaránse pronto sus tormentos;
Bien presto ha de mirarse libre o muerto.

Y aun en medio del mar ¿qué sentimientos
Puede tener cuando en luchar se emplea
Contra las fuertes ondas y los vientos?

Sólo yo... Yo he perdido hasta la idea
De un débil esperar: no hallo consuelo...
¿Ay Silvia... No es posible que te vea?

Ni morir pronto espero; ni mi anhelo
Puede agitar me tanto, que ocupada
No sufra mi alma el peso de su duelo.

En una calma triste y desastrada,
Fijos tengo los ojos en mi pena,
Sin lograr más que verla duplicada.

En derredor de mí tan sólo suena
El eco de los míseros gemidos
Con que mi triste pecho al aire llena.

Sólo el dolor por todos mis sentidos
Entra hasta el corazón: todo es quebranto
Que el alma abate en golpes repetidos.

¡Ay Silvia! Si a lo menos tú, mi llanto
Pudieras atender y mis sollozos...
¡Ah! mi acerbo dolor no fuera tanto.

Silvia, Silvia, os dijera: "Ojos hermosos,
mirad mi situación, ved mi tormento",
Y al instante, mirándome piadosos.
Desvanecieran todo el mal que siento.
Acabadas por ti mis aflicciones,
A tu piedad deudor de mi contento.

Corriera ardiendo a ti: mis expresiones
Fueran dulce llorar... ¡Con qué ternura
Te estrechara...! ¡Ay! ¡Funestas ilusiones!

No, Silvia, no: la pena, la amargura
Es todo lo que encuentra mi deseo:
Cuando alcanzo a mirar es noche oscura.

Elegía III

¿Por qué se aflige, si la noche llega,
El infelice que perdió el camino,
Cuando en el campo para tomar senda
No halla vestigio?

Al dulce sueño puede abandonarse;
Que allá la aurora con hermoso brillo,
Cuando despierte le dará las huellas
Que hubo perdido.

¿Por qué se asusta triste el navegante
Cuando rompiéndose el profundo abismo
Baten los vientos y encrespadas olas
A su navío?

Tiempo sereno sigue a la tormenta;
Queda una tabla si creció el peligro;
O al fin perecen corazón y sustos
A un tiempo mismo.

¿Por qué lamenta preso el delincuente,
Si entre cadenas y pesados grillos
la muerte espera, como pena justa
De su delito?

Ser justa pena puede consolare
Aun la injusticia puede ser su asilo
Porque mil veces la maldad protegen
Jueces inicuos.

Ser justa pena puede consolarle;
Aun la injusticia puede ser su asilo,
Porque mil veces la maldad protegen
Jueces inicuos.

Para mí solo son las aflicciones;
Para mí el susto y el llorar continuo.
Porque en mí solo todos los trabajos
Se han reunido.

Yo perdí a Silvia, sin que rayar pueda
Aurora alguna que a los ojos míos
Muestre su rostro, con la expresión dulce
De su cariño.

Yo perdí a Silvia, y en su dura ausencia
De mil celos me hallo combatido;
Más que a la Parca temo de su efecto
Cualquier desvió.

Yo perdí a Silvia por injustas tramas
Que me formaron viles enemigos,
Sin que algo impuro procurase nunca
Mi afecto fino.

Más que en ser libre me gozaba en verme
Esclavo suyo, de amor cautivo;
Y el verme lejos de pasión tan dulce
Es mi martirio.

Salir no puedo de esta horrible cárcel;
Aquí me matan bárbaros caprichos:
mas no me matan, que para más pena
Infeliz vivo.

Yo perdí a Silvia ¿Que mayor tormento?
Toda mi dicha fue su amable hechizo;
Y en ella sola todo con su ausencia,
Todo he perdido.

¡Ay Silvia mía! ¿Qué mayor tormento?
Toda mi dicha fue su amable hechizo;
Y en ella sola, todo con su ausencia,
Todo he perdido.

¡Ay Silvia mía! Yo perdí tu vista;
Ya es llorar solo todo mi destino;
Sin que en mi llanto quede más consuelo
Que el llanto mismo.

Elegía IV

Mustio ciprés que viste
Crecer mi amor seguro
Y en cuyo viejo tronco
Escribí: "Silvia, ya mi pecho es tuyo".

Y Tú, claro arroyuelo,
Cuyo dulce murmullo
Acompañó sus voces
Al ofrecerme su corazón puro.

Oídme, ya no puedo
Callar el mal que sufro;
Ya Silvia en ira ardiendo,
Apagar quiere cuanto amor me tuvo.

Y obstinada porfía
Que le he sido perjuro;
Ya rabia y me aborrece,
Y su rabia y su enojo son injustos.

Volved por mí vosotros,
Decid si jamás hubo
Amor que como el mío
Fuera sincero, perdurable y puro.

Decidle cuántas veces
Mirasteis que confuso
Aquí llorar me hacían
Mis amores, mis ansias y mis sustos.

Decidle cuántas veces
Con ardor importuno
Quiso encender Melisa
La llama que apagué viendo su orgullo.

Y cómo yo leyendo
Estos rasgos profundos
Que grabó mi cariño,
Repetí: "Silvia, ya mi pecho es tuyo".

Decidle cuántas veces
Otro primor del gusto,
Otra pastora bella,
Con mil caricias quiso hacerme suya.

Y cómo yo, volviendo
A este tronco robusto,
Para huir el peligro
Leía: "Silvia, ya mi pecho es tuyo".

Decidle que no olvide
Que aunque con rigor crudo
Mi terrible destino
Lejos de ella tenerme propuso.

Yo abandoné mi suerte,
Y a ella con veloz curso
Volví, porque mi afecto
No padeciese menoscabo alguno.

Decídle que aun viendo
Los dolores agudos
Que me ha causado hoy mismo,
Protesto ante vosotros que soy suyo.

Haced así que vea
Que su rigor no es justo;
Que yo siempre la quiero;
Que el olvidarme infiel, es un perjurio.

Y si a pesar de todo
Sigue su rigor duro,
Decidle que me mata;
Que mata al que ella con su amor sostuvo.

Porque ¿cómo viviera
Sin su amoroso arrullo
Mi pecho, siempre amante,
Que en su pecho tiempo ha su nido puso?

¡Ay Silvia! Si me matas,
Si haces hoy este insulto
A un amor que no es digno
Sino de amor eterno, firme y puro.

Moriré, mas mi cuerpo
Haré que en negro luto
Sepulten mis amigos
En este sitio lóbrego y oscuro.

Para que cuando pases
Por este suelo inculto,
Que oyó tantas promesas
De ser firme a mi amor el amor tuyo.

Mi pálido cadáver
Desde el frío sepulcro
Haga temblar tus huesos
Diciendo: "¡Eres cruel!" Su eco profundo.

Elegí a V

CUANDO RECUERDO LOS PENOSOS DIAS

Quando recuerdo los penosos días
En que agitado de mi amor reciente,
Decirlo quise para que mi amada
Correspondiese;

Quando a mis ojos se presenta el cuadro
De los pesares con que crudamente
Me ha perseguido, ya que mi amor dije,
Mi infausta suerte.

Yo no sé cómo todavía el pecho
No ha escarmentado; todavía quiere,
Aun late obstinado y perpetua
Su ardor perenne.

Quién me dijera "Mueran ya tus penas"
Y quien apagara, para que muera,
Ese ardor ciego que a mi pecho solo
Penas promete.

¡Qué de lamentos me costó la empresa
De hacer que Silvia mi dolor supiese!
Sustos y llantos me brindaba a miles
Mi anhelo fuerte.

Todo sufría, todo toleraba;
Y todo hacía que mi llanto ardiente,
Con la esperanza de mirarme amado,
Mas se encendiese.

Conseguí al cabo que me amase Silvia,
¿Y he conseguido que mi llanto cese?
¡Ah! Su amor mismo de pesares nuevos
Es ancha fuente.

En el principio mi dolor nacía
De que anhelaba que mi afecto viese;
Y los caminos de mostrarlo estaban
Cerrados siempre.

Luego la envidia levanto su mano,
Me impidió verla, con furor aleve:
Y hasta su vista parecía entonces
Entristecerme.

El fuerte muro que nos separaba
Lo redoblaron; y al mirarme ausente,
De un golpe juntas sobre mi cayeron

Penas crueles.

Verme sin Silvia, solo y receloso
De que su afecto iba así a perderse.
Oprimió mi alma con acerbos penas
Tan vivamente.

Que abandonando mis designios todos,
Y expuesto al fallo de insensibles jueces,
Vole a mi centro como si esto solo
Mi dicha fuese.

Así esperaba que mi amor probado
Ella mirase para más quererme;
¡Y todo en vano...! Y ahora más que nunca
Mi alma padece.

Todas mis penas ya se renovaron,
Y otras nuevas, mayores, se me ofrecen;
Todas terribles porque ya, no de otros,
De Silvia vienen.

La vista aparta de las pruebas firmes
Que mi constancia le hacen tan patente;
Y por sospechas, todas infundadas,
Quiere perderme.

Casualidades o tal vez calumnias
Son las que me hacen guerra, la más fuerte,
Armando a Silvia de un furor que temo
Más que mil muertes.

Este es el cuadro triste y lastimoso
Que amor presenta, y estos los placeres
Que me ofrecía cuando a sus cadenas
Quiso atraerme.

Esta es la pena que el amor infame
Me oculto entonces porque le siguiese;
Y esto tan solo para en adelante
Guardado tiene.

¿Dónde está el gozo? Dime amor tirano:
¿Es gozo acaso lo que darme puedes?
Mas, ¿a quién culpo...? Toda mi desgracia
De mi proviene.

Libre fui y quise; libre soy y quiero.
Y este albedrío que ama y que padece
Es ese mismo que de su tormento
Salir no quiere.

¡Qué es esto, cielos! ¿Dónde está mi juicio?

¿Quién los dolores busca ni apetece?
¿Pues como yo hago que mis propias manos
Me armen las redes?

¿De dónde nace que no rompa el grillo,
Si mis dolores me instan a romperle,
Si poder tengo para destrozarlo
Y libre verme?

No puedes menos; esta ha sido pena
De que orgulloso dije muchas veces:
“Es imposible que el amor tirano
Mi alma sujete”

O algún delito pago en este estado;
Pues de otro modo mi razón no entiende
Que yo padezca, que librarme pueda,
Y no lo intente.

Cambiad ¡oh cielos! Así a vuestros decretos
Este mi ruego conformarse puede;
Cambiad la pena con que entre mis males
me hacéis inerte.

Mudadla en otra que curar yo pueda,
O que incurable mi esperanza deje,
Para que al menos mi inacción en ella
No me atormente.

Dejad amigos... ¿injusticia tanta...?

Dejad amigos... ¿injusticia tanta
Pensáis que cometiera?
De imaginarlo sólo ya me espanta...
¿Cómo olvidar si pudiera
A mi amorosa Silvia...? No, es en vano
Pretender que yo sea tan tirano.

Al darme corazón, Naturaleza
"Amad a Silvia", dijo;
Y nunca con impura y ruin bajeza
Manchar su ley exijo,
Ni resistir la fuerza que me obliga,
Ni mirar su atracción como enemiga.

Amaré a Silvia más que viva ausente
Mil siglos de mis ojos,
La amaré aunque su ausencia me atormente
Con dolores y enojos;
En mi ausencia y mi llanto, mi fineza
Será como mandó Naturaleza.

Que la gloria del sexo nunca ha hollado
El puro afecto mío,
Y en mis amores vivo abrasado
Domando mi albedrío;
Del hombre le mostré la suma alteza
Y le hice respetar nuestra grandeza.

"Te amo mi Silvia", ardiendo le decía,
Ardiendo en vivo fuego;
"Te amo, te amo", le digo todavía,
Y que me ame le ruego,
Y arrebatado el pecho se transporta,
Y cualquier expresión la crece corta.

Respiro apenas mi inflamado aliento...
Cualquiera pensaría
Que estoy sacrificando en tal momento
A Silvia el alma mía;

"Te amo", le digo, "te amo, por ti lloro",
Mas nunca el labio pronunció: "te adoro".

Jamás tampoco mi alma dominaron
Caprichos femeniles
Caprichos nunca en Silvia se encontraron
Ni nacieron tan viles
Mis amores, que pronto no estuviesen
A sofocar su ardor, si ellos naciesen.

No, no contará Silvia que un desprecio
A amarla me obligase,
Ni que en sus risas, con empeño necio,
Rendido suplicase;
Porque me ama la quiero, y si me olvida
Será en olvido eterno sumergida.

¿Por qué pues, cuando me ama fiel y firme
Queréis que yo la olvide?
¿Qué discurso hay capaz de persuadirme
Que haga lo que me impide
Esta misma razón que me ilumina
Y esta fuerza interior que a amar me inclina?

¿Cómo opuesto a la Patria, que abandone
Este amor te procura?
No, Silvia es otra ya: jamás se opone
A mi ley su ternura;
Mi ley es de la Patria el amor mío,
Y es ley de Silvia, pues su pecho es mío.

El amor de mi patria está enlazado
Con la afición más viva
De mi Silvia, en tal, modo, que en mi estado
Por mutua alternativa,
Por Silvia amo mi Patria con esmero,
Y por mi Patria amada a Silvia quiero.

Es locura, insultáis que un hombre llore
Porque ama y vive ausente...
¡Ah! ¡Cielos! Será bien que yo implore

Arranquéis de mi mente
Lo último que resta de mi dueño
Cuando podéis volverme halagüeño.

Yo lloro, sí, mas ¿quién decir pudiera
No tengo ojos ni pecho?
¿Dónde está el hombre raro que tuviera
Para no amar derecho?
Yo lloro porque a Silvia quiero fino
Por reflexión, por gusto y por destino.

¡Ay Silvia, en tanto porque te amo peno,
Peno en tu dura ausencia!
Y tal vez cuando yo de dolor lleno
Prefiero la inclemencia
De mis tormentos, al olvido infame,
Tal vez recelarás que ya no te ame.

Vuela, vuela a mi pecho, Silvia mía,
Verás mi ardiente fuego,
Verás cómo la cruel melancolía
Cual víctima me entrego,
Más bien que vacilar ni un solo instante
Sobrevivir contento y ser tu amante.

El puro afecto mío, mi ternura

El puro afecto mío, mi ternura,
Va a recibir el golpe más funesto:
¡Hay Silvia mía! De tus ojos presto
No veré más el fuego y la hermosura,
Hay hoy entre mis penas fui dichoso:
 Tu rostro hermoso
 Fue el dulce encanto
 Con que mi llanto
 Volver solías
 En alegrías:
Pero ¡Hay! Lejos de ti ya no hay consuelo,
 Todo pena será y continuo duelo-

Jamás han pretendido mis amores
Otra corona que el honesto lazo
Y nunca en ellos puede dar un paso
Sin tropezar en penas y dolores
Hoy más que nunca puro e inocente
 Mi fuego ardiente
 Hace más pura
 Mi fiel ternura;
 Pero entre tanto
 ¡Duro quebranto!
Hoy más que nunca mi cariño pena
Y el cielo a triste ausencia me condena.

Un olvidado se deshace en llanto,
Más llora porque el suyo es amor ciego;
Pero que un justo amor vive alejado
 Del bien amado.
 Que en el empeño
 De ver su dueño
 Solo consiga
 Mayor fatiga
Este sí que es tormento y dolor fuerte
Y este golpe me da mi dura suerte.

Mil males en tu amor he tolerado

Sin ver lo fino de nuestra inocencia
El odioso rencor ¡Dura inclemencia!
A llorar nos había condenado
Enemigos feroces me quitaban
Cuanto deseaban
Mis ansias tiernas
Iras eternas
Han perseguido
Mi pecho herido
Y hoy sobre el tanto males dan de nuevo,
Y hasta las heces su amargura prueban.

Siquiera en medio de contradicciones,
Para mi alivio a veces te miraba
Y tu rostro amoroso demostraba
Que en mi no recelabas variaciones;
Este solo mirar fue mi contento
Y mi tormento
Desaparecía
Cuando veía
Tu rostro afable,
Fino, invariable;
Mas ya esté bien cual humo se deshace,
Muere el remedio cuando el mal renace.

Aun cuando la crueldad y tiranía
De tu vista privo mi vivo anhelo.
Verte pisar conmigo un mismo suelo
Alivio un tanto mi melancolía:
En los momentos de la noche oscura
De mi amargura
Supe aliviarme
Con acercarme
A tu morada.
Mi Silvia amada,
Y hoy muere aun este alivio tan pequeño
Lejos me voy ¡Hay! Lejos de mi dueño

¿Qué haré cielos? ¿Qué haré? ¿Ya que me resta
Después que en Silvia cuanto tuve perdido?
¿Cómo he de reparar con un recuerdo

La pérdida mayor y más funesta?
Esta imagen, amable y dulce idea
Que hoy me recrea
Sera mañana
Furia tirana
Que me destroce
Mientras no goce
Del bello original que vi primero,
Del bello original que solo quiero.

¡Ay! Siga el llanto, lo que yo no puedo
Al dolor cedo
De mi partida
Y si la vida
Pierdo en el llanto
Por dolor tanto
Tu Silvia, Silvia, con amor sincero
Acuérdate de mí, que por ti muero.

Fabricio de ser noble se ha antojado

Fabricio de ser noble se ha antojado,
Y para conseguir su fin honroso
Ha dado en ser necio y ocioso.
¡Vamos! ¿No es medio fácil y adecuado?

Famosa ha sido, Silvia, tu constancia

Famosa ha sido, Silvia, tu constancia,
Todo mi amor ha poco te decía,
Y copiaba mi mano ya con ansia
Cuanto en mi amante carta te ponía,
Pero acabaste tú mi vigilancia
Antes que yo las líneas que escribía.
Quédese, pues, la copia así empezada,
Ya que tu amor falaz se volvió nada.

La cristalina corriente

La cristalina corriente
De este caudaloso río,
Lleva ya el llanto mío
Mas aguas que de su fuente.
Llega el mar, y es evidente,
Que el mar, con ser tan salado,
Lo recibe alborozados
Y aun rechazarlo procura,
por no probar la amargura
Que mis lágrimas le han dado.

Por no sé qué capricho

Por no sé qué capricho
Filis juró olvidarme.
Pasados pocos días,
Hizo otra vez las paces.
Pero fue tan gustoso
Aquel feliz instante,
Que le digo mil veces:
"Filis, vuelve a olvidarme,
Con tal que a pocos días
Vuelvas a hacer las paces".

Sepa la cruel Melisa

Sepa la cruel Melisa,
Si a mi clamor se niega,
Que el que sin fruto ruega
Consigue aborrecer.

Entienda si con risa
De mí se burla altiva,
Que a mí no me cautiva
Quien me hace padecer.

Sepa que bien advierto
Que aunque el Amor hermosa
Me la pinte, y preciosa,
No es más que una mujer.

Pero eso, aun siendo cierto
Que es beldad atractiva,
A mí no me cautiva
Quien me hace padecer.

Conozca que el Amor
De la esperanza vive,
Y muere si concibe
Que no hallará placer.

Y así porque un rigor
De esperar más me priva,
A mí no me cautiva
Quien me hace padecer.

A otros su frenesí
Los degrada cuando hace
Que un rigor los abrace
Y un mal los haga arder.

Conmigo no es así;
No me encanta una esquiva,
A mí no me cautiva
Quien me hace padecer.

¡Ay, amor!, dulce veneno

¡Ay, amor!, dulce veneno,
ay, tema de mi delirio,
solicitado martirio
y de todos males lleno.

¡Ay, amor! lleno de insultos,
centro de angustias mortales,
donde los bienes son males
y los placeres tumultos.

¡Ay, amor! ladrón casero
de la quietud más estable.
¡Ay, amor, falso y mudable!
¡Ay, que por causa muero!

¡Ay, amor! glorioso infierno
y de infernales injurias,
león de celosas furias,
disfrazado de cordero.

¡Ay, amor!, pero ¿qué digo,
que conociendo quién eres,
abandonando placeres.
soy yo quien a ti te sigo?

¡Oh desgraciada existencia...!

¡Oh desgraciada existencia,
Con amor lejos de amor!
¿Quién el bárbaro rigor
Podrá sufrir de una ausencia?
¿Para cuándo la clemencia
Guardas, Dios tirano y ciego?
Si ves que no hallo sosiego,
Si ves que por más quebranto
No logra mi eterno llanto
Apagar su dulce fuego.

Cuando ilumina el oriente
Febo con dorados rayos
Y de la noche desmayos
Se cuentan por occidente:
Cuando el velo transparente
De la esfera anuncia el día;
Cuando se ve la alegría
En zagales y pastores,
Renacen de mis amores
El tormento y pena mía.

¿Qué luz habrá para mí
Cuando me faltan tus ojos?
¿Cómo no sentiré enojos,
Cuando estoy lejos de ti?
¿Cómo poder vivir, di,
En un eterno tormento,
Si eres tú mi pensamiento
Y compasión decidida:
Si eres vida de mi vida
Y el aliento de mi aliento?

¡Un terrible frenesí!
Que incomprendible lo infiero:
Pues si pienso en ti, yo muero;
Muero, si no pienso en ti.

Pendiente estaba de un si
Entre las sombras de un no.

Y cuando temía yo
Mortal o dulce sentencia,
Decreto el cielo la ausencia
Y a mis votos se negó.

Peor si el cielo en rigor
Libre nos dio el albedrío
¿Cómo quitara del mío
Ofrecerte un firma amor?
Qué importa que el cruel horror
De la ausencia de mi suerte
Quiera privarme el quererte,
Si, siendo el amor, el alma
Vivirá sobre la muerte.